

ÍNDICE

Prólogo	9
I La maquinaria roja. El Partido y el Estado	21
II China S. A. El Partido y el mundo de los negocios	63
III El guardián de los archivos. El Partido y los recursos humanos	107
IV Por qué luchamos. El Partido y el fusil	149
V “La banda de Shanghái”. El Partido y la corrupción	187
VI El emperador está lejos. El Partido y las regiones	229
VII Deng perfecciona el socialismo. El Partido y el capitalismo	259
VIII Lápida. El Partido y la historia	301
 Epílogo	 341
Agradecimientos	355
Notas	359

PRÓLOGO

*E*n el verano de 2008, un año antes de que se iniciara la crisis de los bancos occidentales, un pequeño grupo de extranjeros que habían sido requeridos en China para prestar asesoramiento financiero fueron acompañados hasta el cuartel general amurallado del complejo gubernamental, adyacente a la Ciudad Prohibida, en el centro de Pekín. En la sala de reuniones, los visitantes se sentaron en el borde de gruesos sillones cubiertos con antimacasares, dispuestos en forma de U para crear el efecto de un espacio perfectamente dividido por el centro, separando a los visitantes de los chinos. Las flores decorativas, las tazas de té humeante, las cálidas palabras de bienvenida..., no faltaba un solo elemento del protocolo tradicional chino en los encuentros solemnes con extranjeros.

Para el observador atento, la única excepción al guion establecido era el anfitrión, Wang Qishan, el viceprimer ministro a cargo del sector financiero chino. Alto, de pómulos anchos y poco prominentes y maneras bruscas e imponentes, el nuevo miembro del buró político nunca había sido de esos funcionarios cuyas observaciones crípticas dejaban a sus interlocutores intentando descifrar su significado durante un buen rato. Los chinos habían recurrido otras veces a reuniones de este tipo para solicitar opiniones extranjeras, como pájaros ávidos de recoger nuevas ideas sobre medidas políticas para construir con ellas su nido. Pero Wang pronto dejó claro que China tenía poco que aprender de los visitantes respecto a su sistema financiero. “Dijo: ‘Así lo hacen ustedes y así lo hacemos nosotros’, dicen siempre los chinos”, recuerda uno de los invitados. Pero el mensaje de Wang era diferente. Era: “Ustedes tienen su manera de hacer las cosas; nosotros tenemos la nuestra. ¡Y la nuestra es la correcta!”.

Cuando China celebró su Davos particular en 2001, los especialistas en finanzas globales viajaron allí con el mismo interés con el que habían acudido al foro económico anual en los Alpes suizos, en el que se inspiraba el encuentro chino. Las limusinas que llevaban a las elites financieras desde el aeropuerto de la tropical Hainan, en abril de 2009, hasta el centro de congresos situado junto al mar, atravesaban a gran velocidad un paisaje bien distinto de los acostumbrados escenarios de cumbres políticas en China. La anchas e imponentes avenidas y los fríamente circunspectos edificios de mármol de Pekín, con sus amplios pórticos y elegantes salas de reuniones, estaban a un mundo de distancia. A diferencia de la sequísima capital del norte, siempre polvorienta por la arena que llega del desierto cercano, el foro de Boao, llamado así por la acogedora bahía en que se celebra, estaba diseñado para reforzar el caluroso mensaje de bienvenida que una China emergente iba a transmitir.

En los primeros días de la cumbre el cortejo había sido mutuo. Pekín necesitaba de la experiencia occidental para sacar a flote sus bancos estatales en bancarrota. En contrapartida, los banqueros occidentales ambicionaban el acceso al mercado chino. El primer desembolso económico se produjo en medio de un frenesí de acuerdos a finales de 2005 y principios de 2006, cuando instituciones financieras extranjeras invirtieron decenas de miles de millones de dólares en participaciones en bancos estatales chinos. El dinero llegó acompañado de la promesa de iniciar a los tradicionales bancos chinos en los secretos de la gestión de riesgos y la innovación financiera. Los bancos occidentales abordaron la tarea como si se tratara de una campaña de alfabetización, y por eso lo que ocurrió a continuación resulta tan chocante.

Apenas dos años después de los grandes acuerdos bancarios chinos, volvieron los visigodos de las finanzas globales. Esta vez, golpeados por la creciente crisis crediticia, regresaban humillados, con el rabo entre las piernas, en busca de capital chino para hacer cuadrar sus balances o vender sus recién adquiridas acciones y llevar así dinero a casa. En lugar de exhibir sus mercancías en Boao o Pekín, los banqueros y consultores entraban y salían a hurtadillas de la ciudad casi sin rechistar. Uno

a uno, en el foro de Boao de 2009, los altos funcionarios chinos dejaron de lado los mensajes tranquilizadores de cumbres pasadas para sacar provecho de este cambio de tornas. El primero de ellos, un regulador financiero, arremetió contra una reciente cumbre de líderes mundiales calificándola de “jarabe de pico”. Otro denunció la responsabilidad de las agencias de calificación crediticia en la crisis financiera. Un miembro ya jubilado del buró político sugirió amenazador que Estados Unidos debía asegurarse de “proteger los intereses de los países asiáticos” si quería que China siguiera comprándole deuda.

Cuando le llegó el turno de palabra, en la sesión celebrada en el salón Oriental, el hombre que ejercía de portavoz de China S. A. también se despojó de su máscara diplomática. Lou Jiwei, primer presidente de la Corporación de Inversión de China, fondo soberano de riqueza del país, se había empeñado en proyectar una imagen conciliadora desde la creación de dicho organismo en 2007. Sus primeros y difíciles años en el cargo habían agriado poco a poco su talante optimista. Las audaces primeras inversiones en el exterior ocasionaron pérdidas económicas y habían despertado violentas críticas en el interior. Fuera del país, Lou no perdonaba la oposición que había encontrado cuando quiso invertir en Estados Unidos y Alemania.

Lou recordó a los dignatarios congregados en Boao que una delegación de la Unión Europea había exigido, después de la creación del fondo, que este limitara sus participaciones en sus compañías y que no aspirara a tener derecho de voto a cambio de las acciones adquiridas. Reconocía que, visto en retrospectiva, había salido ganando semejante intransigencia paternalista, ya que, de habérsele permitido entrar en el mercado, habría perdido mucho dinero. “Así que quiero dar las gracias a estos financieros proteccionistas; gracias a su actitud, no invertimos ni un solo céntimo en Europa”. Ahora bien, apuntó sardónico ante una audiencia que se debatía entre las risas ahogadas y el mudo asombro, ahora los europeos habían vuelto avergonzados a decirle que su dinero era bienvenido, y sin condiciones. “De la noche a la mañana nos encuentran irresistibles”.

El mismo tono desplegado en Boao había empezado a hacerse patente en anuncios gubernamentales, debates oficiales, medios de co-

municación estatales y reuniones bilaterales dentro y fuera de China desde comienzos de 2009. Entre bastidores o de maneras no siempre visibles desde el exterior, la maquinaria de propaganda oficial también funcionaba a pleno rendimiento. El *Diario del Pueblo Chino*, periódico oficial del Partido Comunista, por lo general reservaba su primera página a la agenda diaria de los principales líderes políticos, sus encuentros con visitantes extranjeros y campañas políticas más recientes. El periódico, que hace las veces de tablón de anuncios interno para los funcionarios, solía relegar las noticias económicas a las últimas páginas, si es que incluía alguna. El anuncio, en marzo de 2009, de grandes beneficios para los principales bancos chinos, en otro tiempo calificados despectivamente en Occidente de zombies financieros, fue la excepción a la regla. El titular de primera página proclamaba: “El sistema bancario chino obtiene sobresaliente y sale victorioso después de haberse expuesto a la tormenta financiera internacional”.

Durante una década Pekín había resistido las presiones de Washington, lideradas en los últimos años por el responsable de Goldman Sachs, Hank Paulson, en su calidad de secretario del Tesoro para la liberalización financiera total del país. En los siete años anteriores a 2008 la economía china había más que triplicado su volumen. Pero conforme crecía su economía mermaba la paciencia con que Pekín escuchaba los consejos extranjeros. Tuvo que estallar la crisis financiera occidental para que la confianza de individuos como Wang Quisan se extendiera por el sistema y emergiera a la superficie con una fuerza sin precedentes. Muchos líderes chinos empezaban a proclamar sentimientos expresados por Wang a título privado, del tipo: ¿qué tiene Occidente que enseñarnos a nosotros?

El modelo de gobierno chino posmaoísta, propugnado por Deng Xiaoping a finales de la década de 1970, se resiste a cualquier intento de análisis. ¿Es una autocracia benévola, al estilo de Singapur? ¿Un Estado en vías de desarrollo capitalista, como en otro tiempo se describió a Japón? ¿Neoconfucionismo mezclado con economía de mercado? ¿Una versión a cámara lenta de la Rusia postsoviética en la que una elite se adueñó de recursos públicos en beneficio propio? ¿O se trata de algo completamente distinto, un modelo nuevo, un “consenso

de Pekín”, según la expresión de moda, construido a partir de una serie de medidas políticas pragmáticas y la innovación tecnológica?

Pocos describen ya el modelo chino como comunista, ni siquiera los dirigentes del Partido Comunista.

Cómo se esfumó el comunismo durante el auge del mayor y más poderoso Estado comunista del mundo es un misterio solo relativo. Las múltiples y vertiginosas contradicciones de la China moderna confunden al más experto. Lo que en otro tiempo fue un partido revolucionario hoy es el *establishment*. Los comunistas se hicieron con el poder apoyándose en el rechazo popular a la corrupción, el mismo cáncer que hoy socava los cimientos del Partido. Los altos líderes se adhieren al marxismo en sus declaraciones públicas mientras dependen de un sector privado despiadado para la creación de empleo. El Partido predica la igualdad en el país de mayor desigualdad salarial del continente asiático. Los comunistas también despreciaron en el pasado la clase formada por hombres de negocios, consumidores de la época anterior a la revolución y, sin embargo, les faltó tiempo y vergüenza para aliarse con los magnates de Hong Kong cuando se recuperó la colonia británica en 1997.

La brecha entre la ficción de la retórica del Partido (“China es un país socialista”) y la realidad cotidiana crece cada año. Pero el Partido debe defender su ficción a toda costa, porque representa el statu quo. “Su ideología es una ideología de poder y, por tanto, una defensa del poder”, afirmó Richard Baum, experto en China. La defensa del poder por el Partido es también, por extensión, una defensa del sistema establecido. En palabras de Dai Bingguo, el funcionario de política exterior china más veterano, “la prioridad de China es garantizar los fundamentos de su sistema y la seguridad del Estado”. La soberanía, la integridad territorial y el desarrollo económico, prioridades de cualquier Estado, están todas subordinadas a la necesidad de mantener el Partido en el poder.

Y el Partido ha hecho enormes esfuerzos para que las claves de su permanencia en el poder durante tanto tiempo ocupen un segundo plano. Para muchos occidentales también ha resultado conveniente mantener al Partido en un plano accesorio y actuar como si China

tuviera un sistema de gobierno orgánico, con sus fortalezas y debilidades, sus rarezas y peculiaridades, lo mismo que cualquier otro. La floreciente vida comercial del país y su decidido abrazo a la globalización les basta a la mayoría para rechazar la idea de que el comunismo continúe siendo la fuerza impulsora. Eso equivaldría a afirmar que un Starbucks en cada esquina sea indicio de progreso económico.

Pero si escarbamos un poco en el modelo chino veremos que es mucho más comunista de lo que parece a simple vista. Vladímir Lenin, quien diseñó el prototipo de gobierno para países comunistas de todo el mundo, lo reconocería de inmediato. La permanencia en el poder del Partido Comunista de China se basa en una sencilla fórmula que parece sacada del pensamiento de Lenin explicado a los niños. A pesar de todas las reformas de las últimas tres décadas, el Partido se ha asegurado de que conserva el control del Estado y de los tres pilares necesarios para la supervivencia de este: el personal gubernamental, la propaganda y el Ejército de Liberación Popular.

Desde que se proclamó única autoridad de gobierno legítima de una China unificada en 1949, el Partido y sus líderes han situado a sus miembros en puestos estratégicos en cada brazo del poder y en todos los niveles del Estado. Todos los medios de comunicación chinos están controlados por el departamento de propaganda, incluso si quienes lo dirigen se han visto obligados a apretar el paso para no perder el carro de Internet. Y si a alguien se le ocurriera desafiar al sistema, el Partido tiene suficientes recursos, pues se ha asegurado de mantener un férreo control sobre el ejército y los servicios de seguridad, garantes, en última instancia, de su autoridad. Las fuerzas policiales de todos los niveles de gobierno, desde las grandes ciudades hasta las pequeñas aldeas, cuentan con un Departamento de Seguridad Nacional cuya misión es proteger la autoridad del Partido y acallar posibles voces de disidencia política antes de que puedan hacerse oír.

Hace tiempo que China renunció a la centralización comunista al viejo estilo a favor de una economía de mercado híbrida y más pulcra, la gran innovación del partido. Pero si atendemos a los parámetros establecidos por Robert Service, el veterano historiador de la Rusia soviética,

veremos que Pekín conserva un sorprendente número de los atributos que caracterizaron a los regímenes comunistas del siglo xx.

Al igual que ocurrió en otros países comunistas, el Partido en China ha erradicado o anulado a sus rivales políticos, ha eliminado la autonomía del poder judicial y de la prensa, ha restringido el culto religioso y las libertades civiles, ha creado extensas redes de seguridad y ha enviado a disidentes a campos de trabajo. Durante la mayor parte de su historia, aunque ahora en menor medida, los líderes del Partido en China han imitado a los comunistas de la vieja escuela escudándose en la “infalibilidad de su doctrina y proclamándose, al mismo tiempo, científicos impecables en asuntos humanos”.

El Partido en China se ha tambaleado al borde del precipicio de la autodestrucción en numerosas ocasiones, como en el periodo inmediatamente posterior a las brutales campañas de Mao Zedong desde 1950, que se prolongaron tres décadas, y también en 1989, después de que el ejército sofocara las manifestaciones de Pekín y otros lugares del país. El propio Partido atravesó una crisis existencial tras el colapso de la Unión Soviética y de sus estados satélites en los tres años que siguieron a 1992, un acontecimiento que todavía sigue resonando en los pasillos del poder en Pekín. Después de cada catástrofe el Partido se ha levantado, ha reconstruido su armadura y ha reforzado sus flancos. De algún modo ha sobrevivido, ha sido más inteligente, ha actuado mejor o simplemente ha tapado la boca a sus detractores, desmintiendo a los expertos que predecían su defunción bajo distintas circunstancias. Como maquinaria política el Partido es un fenómeno de proporciones formidables y únicas. A mediados de 2009 su número de afiliados ascendía a 75 millones, el equivalente a una doceava parte de la población china adulta.

El ostracismo a que ha condenado el Partido a todos sus oponentes políticos le asemeja al ejército iraquí después de la segunda guerra del Golfo. Incluso si se disolviera o desapareciera, habría que formarlo de nuevo, porque solo sus miembros tienen los conocimientos, la experiencia y las relaciones necesarias para gobernar el país. Como me explicó un prestigioso profesor universitario de Shanghái, la actitud del Partido es: “Yo puedo hacerlo y tú no. Y puesto que tú no puedes,

lo haré yo”. La lógica del Partido es circular. No puede haber alternativa, porque no se permite que exista ninguna.

Pocos acontecimientos manifestaron tan claramente el triunfo de China y la pérdida de posiciones de Occidente en la crisis financiera como la visita a Pekín de Hillary Clinton, recién nombrada secretaria de Estado, en febrero de 2009. Las anteriores administraciones estadounidenses, durante los mandatos de Bill Clinton y George W. Bush, habían llegado al gobierno con posturas agresivas y competitivas hacia China. Antes de aterrizar, la señora Clinton restó públicamente importancia al asunto de los derechos humanos. En una conferencia de prensa pronunciada antes de salir imploró sonriente al gobierno chino que siguiera comprando deuda estadounidense, como una vendedora ambulante pregonando sus artículos.

La astuta estratagema de Deng Xiaoping, establecida dos décadas antes, sobre cómo debía China ir adquiriendo poco a poco poder mundial –“esconde tu inteligencia y espera el momento propicio”– había empezado a dar frutos mucho antes de la llegada de Hillary Clinton. Las incursiones bien publicitadas en África, Sudamérica y Australia en busca de recursos, las cotizaciones multimillonarias de sus empresas estatales en los mercados bursátiles extranjeros, su cada vez más prominente papel en las Naciones Unidas y lo evidente de su poder económico han colocado a China en el corazón de los negocios y las finanzas globales desde principios del nuevo siglo. La estrella china brillaba con más fuerza que nunca incluso cuando sus diplomáticos se quejaban de que tenían que esforzarse en hacer oír su defensa de una economía relativamente pobre y en desarrollo.

La implosión del sistema financiero occidental, junto con la desaparición de la confianza en Estados Unidos, Europa y Japón, propició que China subiera, de la noche a la mañana, varios puestos en la escala del poder global. En pocos meses, a comienzos de 2009, libre de las restricciones de la opinión pública nacional, el Estado chino invirtió 50.000 millones de dólares en ayuda al Fondo Monetario Internacional y, en sociedad con Hong Kong, otros 38.000 para la creación de un fondo monetario asiático; había concedido un préstamo de 30.000 millones a empresas de explotación australianas y había ofre-

cido decenas de miles de millones más a varios países y compañías en Sudamérica, Asia central y del sureste, para asegurarse una buena situación en el mercado de materias primas y sentar un precedente para futuras adquisiciones.

En septiembre de ese año, con los gobiernos y compañías financieras todavía en estado de cautela, China concedió líneas de crédito de hasta 70.000 millones de dólares para la explotación de recursos e infraestructuras en África, en concreto en Nigeria, Ghana y Kenia. En Guinea, solo días después de que el ejército hubiera disparado contra ciudadanos y violado a mujeres en las calles, el gobierno, respaldado por el ejército de este estado paria en el continente y en el resto del mundo, anunció que estaba en conversaciones con China para un acuerdo de miles de millones de dólares destinados a la explotación de recursos e infraestructuras.

La ambición y la influencia de Pekín saltaron a la palestra de una forma que hasta entonces había sido inimaginable. El Banco Central de China hizo un llamamiento para proponer una alternativa al dólar estadounidense como divisa global a principios de 2009 y reiteró su postura conforme avanzaba el año. Francia acató obediente la soberanía china sobre el Tíbet para aplacar las iras de Pekín después de que China hubiera cancelado su asistencia a una cumbre de la Unión Europea en protesta por la acogida en París del Dalai Lama. Barack Obama evitó reunirse con el líder espiritual tibetano a finales de 2009 para endulzar la atmósfera antes de su primera visita a Pekín en noviembre de ese año, aunque aceptó recibirlo a principios de 2010. Con motivo del decimosexto aniversario de su marina de guerra, China invitó al mundo a que admirara su nueva flota de submarinos nucleares zarpando del puerto de Qingdao.

El gigantesco mercado chino, que en los años anteriores era una quimera a ojos occidentales, se había vuelto más importante que nunca. Justo antes de la feria automovilística de Shanghái, en abril de 2009, las ventas mensuales de turismos en China superaban a cualquier otro mercado del mundo, incluido el estadounidense. Un mes más tarde, Wang Qishan y una delegación de ministros chinos se reunieron en Bruselas con Catherine Ashton, entonces represen-

tante del Servicio Europeo de Acción Exterior de la Unión Europea, y con cerca de quince de los empresarios europeos más veteranos para escuchar sus quejas sobre los mercados chinos. Después de un almuerzo de trabajo, Wang admitió que había “irregularidades” en el mercado. “Sé que tienen motivos de queja –contestó con su seguridad de siempre–. Pero el encanto del mercado chino es irresistible”. En otras palabras, según los empresarios asistentes a la reunión, a quienes el viceprimer ministro dejó atónitos, la conclusión era: por muchas quejas que tengan ustedes, el mercado es tan grande que seguirán recurriendo a él. Y lo peor es que la mayoría admitió que Wang estaba en lo cierto.

La nueva y agresiva seguridad en sí misma de China fue evidente a finales de 2009, en la cumbre sobre el cambio climático celebrada en Copenhague. En el último y tenso día de negociaciones, los chinos desdeñaron participar en una sesión de jefes de Estado y enviaron a un funcionario a entrevistarse con el presidente Obama y otros líderes mundiales. En otra sesión de ese mismo día, con la asistencia de Wen Jiabao, primer ministro chino, un miembro de la delegación china sermoneó a Obama en voz alta y agitando el dedo índice. No hace falta decir que, si se hubiera enviado a un representante relativamente menor de un gobierno occidental a reunirse con el líder chino y hubiera osado sermonearle, la afrenta habría bastado para provocar violentas manifestaciones callejeras en Pekín contra los países extranjeros. China recibió las críticas posteriores con perplejidad: “La lección que deben sacar los países desarrollados es que tienen que decidir entre enfrentarse a China o cooperar con ella”, afirmó un alto funcionario.

El crecimiento y transformación de los países asiáticos como Singapur, Malasia, Indonesia, y Corea del Sur después del proceso de descolonización que siguió a la Segunda Guerra Mundial, fueron de gran importancia para sus ciudadanos y edificantes para el conjunto de la región. Cuando Japón se constituyó en gigante asiático, Occidente se sintió conmocionado y amenazado. La transformación económica de China, en cambio, un país que supone una quinta parte de la población mundial, es un acontecimiento global sin parangón. El

auge de China es una auténtica megatendencia, un fenómeno capaz de reinventar la economía mundial, sector a sector. Que lo presida un partido comunista lo hace aún más desconcertante para el mundo occidental, que solo unos años antes se frotaba las manos anticipando el fin de la historia y el triunfo de la democracia liberal.

Además, la decisión crucial del Partido de cambiar de rumbo a finales de la década de 1970 ha transformado las vidas de, literalmente, cientos de millones de chinos. Según el Banco Mundial, el número de pobres en China descendió en 500 millones entre 1981 y 2004. “Para que lo entendamos –informa el banco–, la cifra absoluta de pobres (empleando el mismo estándar) en el conjunto de países en desarrollo bajó de 1.500 a 1.100 millones en el mismo periodo. En otras palabras, si no fuera por China, el número de pobres en países en desarrollo no habría descendido en las últimas dos décadas del siglo xx”.

En solo una generación la elite del Partido ha pasado de banda de esbirros adoctrinados con camisas de cuello mao a clase dirigente adinerada, trajeada y amiga de los negocios. Con ella se han transformado también el país y el mundo en general. La prioridad actual del Partido es subirse al carro de la globalización, lo que se traducirá en una mayor eficacia económica, mayores beneficios y mayor estabilidad política.

¿Cómo han logrado esta situación los comunistas chinos mientras sus compañeros de ideología en otros países se desmoronaban? Ese viejo dicho del periodismo según el cual la mejor historia es la que uno tiene delante es cierta en el caso de China. El problema de escribir sobre el Partido, sin embargo, es que por mucho que lo tengamos delante no es fácil examinarlo. Él y sus funciones están, por lo general, enmascarados o disfrazados de otra cosa. Cuando interactúa con el mundo exterior tiene buen cuidado de hacerlo con discreción. En ocasiones su actividad es tan opaca que hace irrisatoriamente difícil informar sobre cómo se gobierna China.

El secretismo explica por qué las noticias sobre China se refieren siempre al Partido Comunista pero rara vez revelan cómo este gobierna el país. Este libro es un intento de llenar ese vacío, explicando

sus funciones y estructuras y cómo ejerce el poder político. Este libro no aspira a ser exhaustivo ni definitivo. Es tan solo el relato de un periodista curioso que abre, o trata de abrir, muchas puertas cerradas y echar un vistazo a lo que hay detrás. Al hacerlo, el libro intenta devolver al Partido Comunista el lugar que le corresponde: el corazón de la historia de China.